

**REFLEXIONES
SOBRE LA VOCACION
Y RESPONSABILIDAD
HISTORICAS
DEL PARTIDO
DEMOCRATACRISTIANO**

Santiago, 8 de Mayo de 1987

Estimado(a) Camarada:

En relación con el actual momento político y las futuras elecciones en el interior del Partido, un conjunto de militantes demócratacristianos de Las Condes hemos elaborado el Documento "Reflexiones sobre la vocación y responsabilidad históricas del Partido Demócrata Cristiano", que le adjuntamos. En este documento se hacen algunas reflexiones que deseamos complementar y enriquecer con los aportes de otros camaradas que estén de acuerdo con su espíritu general.

Pensamos que nuestra Patria soporta la grave crisis que vivimos y cuando a veces al interior de nuestro Partido, se plantean plataformas de lucha excesivamente "pragmáticas" se hace necesario, más que nunca, reencontrarnos con las raíces de nuestro Movimiento.

Tenemos la convicción que así como a la Dictadura no la derrotaremos por la "violencia" —pues la Dictadura tiene armas y nosotros no las tenemos ni las deseamos—, tampoco la derrotaremos con políticas o conductas "pragmáticas", pues el pragmatismo es precisamente la vocación y forma habitual de lucha de la Dictadura. En esta forma, creemos que el empleo por nosotros de políticas "pragmáticas", muchas veces el "realismo" tenderá a convertirse en renuncio auto-engaño, confusión y, en definitiva, desaliento y frustración.

Pensamos que existe una sola forma de acción política en la cual somos inmensamente más fuertes que el poder tiránico: es la de los principios, las fuerzas espirituales, los valores morales. Allí debemos centrar nuestra lucha: movilizand o la conciencia colectiva contra todo abuso o arbitrariedad; luchando por la plena participación del pueblo; despertando a esa gran masa adormecida que siempre estará dispuesta a afrontar grandes sacrificios y desafíos cuando ellos se proyectan hacia visiones históricas que se alzan sobre el cálculo o la mediocridad. Fuimos así; esa sigue siendo nuestra vocación; no podemos dejar de ser así.

Hacemos presente que los firmantes, al margen de diferencias secundarias, nos hemos unido en torno a lo que consideramos un estilo de actuar en política que rescatando el valor imprescindible del testimonio, de la solidaridad y de la movilización de las fuerzas morales en la lucha contra la Dictadura, afirma, también, como imperativo ético y como factor de motivación y esperanza, la necesaria visualización en forma permanente de nuestras utopías políticas y morales como proyectos de justicia y grandeza que deben realizar las grandes mayorías nacionales.

Es nuestra intención, en un segundo documento, plantear algunas otras ideas y proposiciones complementarias a las sugeridas en el presente trabajo.

En la espera de tu aporte y adhesión, y siempre en la fraternidad y unidad demócrata-cristiana, te saludamos afectuosamente.

Alvear Oscar G.
Alvear Oscar U.
Amunátegui María Angélica
Araneda Isaías
Ardiles Catalina
Arteche Miguel
Arriagada de Wittig Sara
Aylwin Andrés
Aylwin Pedro
Basso Patricio
Balbontín Ignacio
Barrientos Maruja
Bórquez Graciela
Cabezas Guillermo
Castro Angélica
Ceballos Florencio
Chiorrini Mónica
Chacón Alberto

Díaz Sánchez Guillermo
Elliot Sergio
Fresno Anita
Gallo Beltrán Germán
Garcés Ximena
Garretón Roberto
González Juan Luis
González Juan Alberto
Irigoin María
Holch Guerrero María
Koplín Arnoldo
Leighton Bernardo
León Alvaro
Milla E. Eusebio
Mönckeberg M. Olivia
Parada Ignacio
Pinochet de la Barra Oscar
Pérez Zujovic Hilda

Pereira Santiago
Riutort Gabriela
Ruiz Esquide Adriana
Reyes Juan Claudio
Salcedo Mario
Salazar Héctor
Sepúlveda Sergio
Sepúlveda Hernán
Suárez José Luis
Thayer Luis Eduardo
Tello Sara
Tomic Esteban
Velasco Belisario
Vargas Enrique
Vargas Pinochet Lucía

REFLEXIONES SOBRE LA VOCACION Y RESPONSABILIDAD HISTORICAS DEL PARTIDO DEMOCRATACRISTIANO

1. El sufrimiento de Chile.

CHILE y su pueblo se encuentran hoy abatidos, privados de su propia dignidad y de la orgulloso estimación que sentían por sí mismos. Ha surgido una parte oscura de su alma que amenaza con imponer sus antivalores a todas las relaciones personales e institucionales de nuestra patria.

Los rasgos que hoy definen esta dramática realidad se multiplican y agudizan; —el miedo; —la desconfianza mutua; —la ambición y avaricia llevada al extremo; —la degradante transformación de la fuerza creadora del trabajo intelectual y físico en un constante esfuerzo de especulación financiera; —la destrucción sistemática del sentido de solidaridad en las relaciones personales; —una enfermiza y compulsiva pasión por el éxito individual y el enriquecimiento fácil y rápido; —un público desprecio por las instituciones que obedecen a una inspiración comunitaria; —la rapiña de los bienes y servicios comunes a toda sociedad; —la pérdida del legítimo sentido nacional mediante la enajenación de su suelo y sus recursos al poder económico extranjero y supranacional; —la crueldad y brutalidad, antes desconocida en nuestra cultura nacional, como principio regulador de una concepción del orden y del uso de la fuerza; —la indolencia ante el sufrimiento de los pobres y marginados; —la marginación y discriminación odiosa de la inmensa mayoría del pueblo de toda participación en las decisiones políticas, sociales, económicas y culturales; —el uso generalizado y sistemático del terror como instrumento de acción política; la persecución y aniquilamiento moral y espiritual de quienes disienten del aparato de poder, cuando no su eliminación física, ante la incapacidad y pereza moral del aparato judicial.

Todo el acontecer nacional y parte importante del sistema de relaciones personales de la sociedad chilena se han contaminado de este flagelo. Sin embargo, pareciera que lo más grave es la existencia de una perversa voluntad y decisión institucional no bien conocida, por imponer estos antivalores que configuran la crisis de hoy provocan el sufrimiento del pueblo de Chile. Nunca antes el país había enfrentado amenaza tan grave para la integridad del alma nacional. Vencerla, requiere una voluntad moral de hierro y una especial disposición al sacrificio. Es menester conmover el alma de la patria, y actuar simultáneamente en el campo político, cultural y económico, en suma, al interior de toda la compleja trama de la sociedad.

Pero, por sobre todo, es necesario rescatar una concepción de la política, la cultura y la economía como base moral que las oriente hacia el pleno sentido del hombre como creatura trascendente, objeto y sujeto de la historia, con una vocación de construir un mundo y una sociedad que se libre de los antivalores que hoy la destruyen y que se oriente hacia la construcción de una convivencia fraterna y solidaria. Sólo así veremos renacer la misión y vocación histórica del Partido Demócratacristiano y su razón de ser en todos los tiempos, y más que nunca, en la hora actual.

2. Vocación histórica y moral del P.D.C.: lo permanente.

La Falange Nacional, antecedente inmediato del PDC, fue la cristalización histórica de un grupo de hombres, mujeres y jóvenes que, en su época constató la existencia de una sociedad profundamente injusta.

El Partido nace para luchar contra ese sistema de cosas y para orientar la acción de los chilenos en política, a partir de valores de inspiración cristiana que constituyen una concepción humanista de la persona, la sociedad civil y el Estado, no dogmática ni clerical. En su peregrinar por los

caminos de la historia de Chile, muchas veces se encuentra con otras concepciones humanistas de diverso signo inspirador, y también muchas veces se desencuentra de ellos, frente a situaciones concretas y contingentes. Estos encuentros y desencuentros obedecían a circunstancias históricas perfectamente delimitadas, y en modo alguno a obcecadas posiciones de principios.

Opción y obligación moral.

El Partido se aglutina junto al alma de esos idealistas de la primera hora para luchar generosamente y con gran desprendimiento contra aquel sistema de DESORDEN ESTABLECIDO, que constituye la matriz de los antivalores mencionados. Nace a la vida política con un claro perfil ideológico y como una clara opción de dar contenido ético al actuar político. —Opta por los pobres y desvalidos; por los trabajadores explotados por la estructura del régimen capitalista mundial; por sustituir las estructuras injustas y opresoras de la sociedad y reemplazarlas por otras más humanas, basadas en la justicia, la libertad y la democracia. —Pregona, al igual que el cristianismo, la liberación de los más marginados dentro de la sociedad; lucha por la promoción y dignidad de los más débiles. —Se compromete en los hechos y denuncia con verbo generoso, la violencia e injusticia inherentes al sistema de instituciones vigentes en la sociedad de esa época.

Es, precisamente, la valentía de su denuncia y la lozanía de sus reivindicaciones lo que atrae y genera esperanzas de redención en un pueblo desencantado de la moral pragmática, del cinismo implícito en la filosofía del realismo contemporizador con la injusticia reinante. Levanta como alternativa, la construcción de una sociedad y un estado basados en el espíritu comunitario, en que se valoran y privilegian las instituciones societarias, donde los hombres ponen esfuerzo y vida en común, realizándose así en toda la potencialidad de la persona. Persona y comunidad son los polos que generan esa esperanza y esa fuerza de cambio social y político.

Pasan largos años de lucha por esos ideales. Nadie se preocupa por abalanzarse sobre las oportunidades e instrumentos del poder. Es esa actitud consecuente y de gran entereza moral lo que conmueve la conciencia nacional y lleva, en definitiva, al Partido a ejercer limpiamente y de manera mayoritaria el poder a partir del año 1964. El estilo tradicional de hacer política en Chile, sufre un golpe y da paso a una forma distinta del actuar político. Las organizaciones populares irrumpen poderosas en la vida nacional; es el ascenso de la dignidad del pueblo organizado al ejercicio del poder.

~~menos y problemas económicos, sociales, institucionales y culturales son tratados y resueltos mediante instrumentos de política que obedecen a ese imperativo y que se someten a ese criterio rector.~~

Catorce años de dictadura inmisericorde hacen peligrar toda esa estructura de valores. En los hechos, los logros concretos que esa visión de la sociedad generó, han sido destruidos; pero esa situación es aún reversible si existe voluntad y valor moral por cambiar dicho estado de cosas. Más grave aún sería si se destruye el fundamento ético de esa voluntad de hacer y testimoniar.

Denuncia, testimonio y acción.

Hoy, pareciera que la tentación fácil de aceptar ese pervertido estado de cosas imperantes cunde en el ánimo de los chilenos. El Partido tiene la obligación moral, política e histórica de reaccionar contra ello. Es a la luz de esta perspectiva como deben considerarse las actuales circunstancias políticas y sociales del país. Podemos cambiar el curso de las cosas; podemos generar voluntad y decisión de cambio; podemos aun moralizar con generosidad y tolerancia las instituciones futuras de la Nación. Debemos decirlo y gritarlo con fortaleza y coraje. Eso significa hoy ser demócrata.

tacristiano. Denuncia, testimonio y acción eficaz dentro del marco de ciertos principios básicos orientadores. En este camino nos encontraremos con la inmensa mayoría del pueblo que, aunque en algunos sectores importantes obedezcan a otras inspiraciones, estará junto a los nuestros en el actuar concreto a que nos conduce esta percepción de los hechos.

La reciente visita del Papa Juan Pablo II, en nuestro concepto, abre posibilidades históricas insospechadas a un Movimiento que desde una concepción humanista y ajena a toda violencia opta decididamente por los marginados de la justicia y la libertad. Esa ha sido y sigue siendo la vocación histórica de nuestro Partido.

3. ¿Qué hacer Hoy?

La preocupación fundamental del Partido en la hora actual debiera centrarse especialmente en la denuncia severa, precisa y clara de las enormes injusticias del sistema. Reclamar, ante la sociedad chilena, la responsabilidad moral del régimen en la destrucción del alma nacional. Es moral y políticamente inadmisibles e insoportable callar por prudencias de cálculo, ante crímenes, la desnacionalización de la política económica, la injusticia y la violencia institucionalizada, la pauperización de nuestro pueblo, el despojo de nuestros recursos nacionales, las escandalosas desigualdades, el despilfarro irritante, la destrucción sistemática de las organizaciones e instituciones sociales fundamentales que este régimen ha llevado a cabo.

Debemos proponer lisa y llanamente el cambio de este estado de cosas. No podemos ofrecer garantías de silencio frente a la injusticia institucional que ha construido el régimen. No podemos ofrecer garantías de intangibilidad y de respeto al patrimonio de quienes han saqueado de manera vergonzosa los recursos que pertenecen a todo el pueblo de Chile, concentrándolo en las manos de una centena de personas, absolutamente ajenas a toda noción de decencia pública. Nuestro mensaje debe ir dirigido a las grandes mayorías nacionales que carecen de trabajo, de bienes elementales para su sustento, desprovistas de vivienda, salud, educación, participación social y política, brutalmente perseguidas y marginadas, arrinconadas por la violencia del sistema y llevadas a reaccionar de la forma más degradante por la que puede optar el ser humano: el uso de esos medios espúreos y despreciables que son las armas y toda la cultura de la muerte que entornó a ellas se crea.

Luchar por construir una sociedad libre, justa y solidaria

El mensaje democrático y en especial el mensaje demócratacristiano, debe orientarse a crear un fuerte ambiente nacional de tensión espiritual y moral a través del cual se ilumine el quehacer político y social. Podemos ofrecer la reconstrucción moral y material de Chile, basada en el trabajo, disciplina y compromiso de todos nosotros, los chilenos, a partir del acceso al poder del pueblo social y políticamente unido, conformado por todos aquellos que viven de su trabajo manual o intelectual. Reunidos en organizaciones societarias y comunitarias que desarrollen valores y prácticas de solidaridad, de cooperación, de participación, de democracia, de iniciativa personal se logrará el bien general de la propia organización y de la sociedad. Podemos ofrecer y construir un sistema económico con estas características, si desde ya comienzan a trabajar en su diseño y creación trabajadores diversos, intelectuales, artistas, profesionales e instituciones representativas de sus intereses. Las Iglesias no serán ajenas ni extrañas a esta maravillosa aventura de verdadero realismo político. Su palabra de aliento orientará el espíritu y el trabajo de los chilenos.

Tenemos la convicción que después de años de mediocridad sólo podríamos romper la apatía y el estagnamiento político sobre la base de conmover el alma nacional con la gran aventura humana de la construcción de una sociedad libre, justa y profundamente solidaria. El pueblo, y especialmente la juventud, sólo podrán ser profundamente motivados para movilizarse multitudinariamente —ajenos a toda violencia— en la medida que sientan que la conquista de la libertad se her-

mana en el tiempo con el término inmediato de las políticas inhumanas implantadas por la dictadura y los intereses financieros, y con el inicio de una nueva era en que la solidaridad y la moral inspiran las grandes decisiones políticas. Debemos ser claros: después de tiempos de grandes injusticias y desigualdades impuestas por la fuerza, la Democracia Cristiana no podrá jamás ser instrumento, bajo ningún pretexto, para mantener esas mismas injusticias en la Democracia futura que, por lo demás, sería profundamente efímera. En este aspecto afirmamos categóricamente que al término de la dictadura, sostenida por la minoría y en beneficio de las minorías, debe venir una real Democracia sostenida solidariamente por todo el pueblo, que realice la justicia y supere las profundas desigualdades. Ese es nuestro lenguaje; nuestra misión; nuestro compromiso.

El Mensaje a las Fuerzas Armadas.

Las instituciones castrenses deben ser también sacudidas moralmente a través de este mensaje. El país necesita que toda la nación se vuelque a las pesadas y delicadas responsabilidades que demanda la función de defensa de la soberanía e integridad nacional.

Los cuadros profesionales castrenses no pueden continuar constituidos en una casta aislada del quehacer nacional; la patria reclama su incorporación creativa en diversos frentes del trabajo material, intelectual y de reconstrucción del país.

Es el pueblo de Chile quien creó las instituciones armadas; es el pueblo de Chile quien no entendió ni supo señalarles que su función no puede ser cumplida al margen de otras tareas nacional y menos al margen de la ley. Es el pueblo de Chile, quien de manera equivocada no se atrevió a tratar la estructura y organización de la función de defensa nacional y generó en los militares la errada concepción de que dicha función era su patrimonio y privilegio exclusivo y excluyente, concepto que terminó separando a miles de ellos del resto de la nación y a mirarse entre sí con violencia de enemigos.

La vida cotidiana y normal de todos los chilenos cuando se construye la nación debe penetrar franca y lealmente en la estructura castrense; deben encontrarse en los liceos y colegios, en las universidades, en las organizaciones sociales, comunitarias, en las actividades de la producción, el arte y la cultura. El actual estado de cosas a ese respecto es insostenible y pernicioso, y es misión del Partido decirlo y proclamarlo de manera fraternal y generosa, sin desprecios inútiles ni prudencias mentirosas. Si las instituciones armadas no lo entienden así y no se abren a esta empresa común del pueblo chileno, habrán perdido el verdadero sentido moral de su razón de ser; habrán dejado de pertenecer al patrimonio moral de la patria, y en su caída arrastrarán a ésta a una tragedia cuyas consecuencias pueden ser impredecibles. Es el pueblo de Chile quien tiene el legítimo derecho a reclamar de ellos esta actitud. Aún existe para las Fuerzas Armadas y Carabineros la posibilidad de un puesto de honor en la construcción de una patria democrática y solidaria y nuestro mensaje debe dirigirse claramente a jefes, oficiales y suboficiales para que entiendan que sus opciones morales son sólo dos: —seguir amarrados a las ambiciones del dictador que ha aprovechado la disciplina militar para meter de contrabando sus ambiciones personales y su concepción paranoica de la historia; o —romper con esa sumisión y abuso degradante, e incorporarse activamente a la recuperación de la Democracia, que por ser parte importante de nuestra tradición, es también parte de nuestra Patria.

Digámoslo de otra manera, debemos instar a las fuerzas armadas a abandonar rápidamente una concepción política que, al considerar "enemigos" a una buena parte de los chilenos, está llevando en los hechos, a la visualización de ellos mismos como enemigos de las grandes mayorías nacionales, lo cual implica un peligroso distanciamiento, desconfianza, e incluso odiosidad entre civiles y militares. Nuestro mensaje a los uniformados será así, también, un mensaje de hermandad, de invitación a construir juntos un Chile grande, cada uno en la esfera de su vocación y responsabilidad.

Derrotar la pereza moral y la inercia. Una patria para todos.

Es en el marco de este mensaje global, aglutinante y movilizador donde el Partido debe considerar los problemas sociales y políticos contingentes de la hora actual. Debemos cambiar este orden de cosas. Esta verdad debe ser dicha al interior y al exterior del partido. Somos un pueblo amante de la paz, edificada bajo los supuestos y principios antes enunciados. Queremos construir "una patria para todos" y con la participación de todos. Queremos buscar un consenso mayoritario para hacerlo y un compromiso formal y público de todo nuestro pueblo. Sólo quedarán excluidos de esta empresa común quienes voluntariamente se coloquen al margen y no respeten las normas a través de las cuales se exprese esta voluntad del pueblo chileno. Y entonces, deberán asumir las consecuencias por este actuar.

Es insoslayable decir y proclamar que la degradación de la que es víctima el país proviene de un orden de cosas edificado bajo el signo del egoísmo. Que tal orden de cosas ha generado el poder personalizado en la figura del dictador sin contrapeso de ninguna especie. Y que éste, con la culpable complicidad de unos pocos, ha impuesto a hierro un régimen normativo e institucional aberrante e indefendible. Es misión ineludible del Partido luchar contra esa institucionalidad y denunciarla, ofreciendo una alternativa nacional de dignidad para Chile y su pueblo. Las leyes políticas dictadas y que se dicten en el futuro estarán contaminadas con la odiosa ilegalidad de la dictadura. Nadie en conciencia está obligado a respetarlas ni acatarlas. El país debe saberlo, y el Partido debe ser el principal pregonero de esa denuncia. La Ley de Partidos Políticos apunta a perpetuar el poder ilegítimo e incontrarrestable de Pinochet y su camarilla. Es ocioso centrar el debate político en la discusión de si el Partido se inscribe o no bajo las condiciones que ese engendro de ley prescribe. No estamos obligados ni política ni moralmente a dar explicaciones al respecto. Sólo debemos llamar a nuestro pueblo, a todo el pueblo, a organizarse para reclamar elecciones libres, limpias y con pluralidad de alternativas. No debemos aceptar el emplazamiento de testafierros del régimen a pronunciarnos sobre ese punto. En torno a estas reivindicaciones debemos construir nuestra política de concertaciones y de alianzas sociales y políticas.

En el futuro, movilizaremos a nuestros militantes y a nuestro pueblo tras la obtención de esos objetivos fundamentales. Usaremos o no usaremos la institucionalidad del régimen según convenga o no a la causa de la recuperación democrática de Chile y al término del sistema dictatorial. La campaña para las elecciones libres, debe orientarse fundamentalmente al cambio de la legislación injusta.

No podemos negar que los sectores más reaccionarios de nuestro país, los mismos que han usufructuado durante trece años de la dictadura, pretenden hoy chantajear a la D.C., condicionando la vuelta a la democracia a la aceptación por nuestra parte de la legalidad impuesta por el régimen; a un tipo de acuerdos políticos que garanticen la perpetuación del actual orden económico-social profundamente injusto; y a la exclusión de un sector de nuestra comunidad. Nuestra respuesta a esos intentos debe ser clara: jamás el precio de la libertad será nuestro compromiso con la injusticia, o nuestra alianza con los que han usufructuado de la dictadura, o la imposición en el seno del pueblo de odiosidades o abismos tan insalvables que imposibiliten unidades mínimas (no decimos "alianzas") para concertar hoy acciones comunes contra la dictadura y para mañana apoyar proyectos y realizaciones concretas de un gobierno progresista y participativo.

Nos negaremos, igualmente, a aceptar lecciones por parte de los sostenedores del actual régimen sobre la forma de defendernos del comunismo. Nadie en la historia de Chile ha hecho más por el fortalecimiento del P.C. que el Sr. Pinochet y sus incondicionales. Tenemos fe profunda en nuestras ideas y pensamos que el testimonio y la consecuencia con ellas y la concertación de todas las grandes fuerzas lealmente democráticas y progresistas, es la mejor garantía de un futuro democrático para Chile ajeno a cualquier forma de agresión. Todas las dictaduras, cualquiera sea su color o inspiración, son siempre repudiables.

Nada habría cambiado en el desarrollo de la humanidad si Jesús hubiera sellado sus labios ante el escándalo de su tiempo y se hubiera empeñado en "negociar" con los romanos y los malos sacerdotes del templo, encerrado en conciliábulos llevados a cabo en escondidos vericuetos de las callejuelas de Jerusalem.

Lo anterior no se opone en absoluto a nuestra plena aceptación al imperativo moral de reunificar y reconciliar a la comunidad nacional. Reconciliar es sustituir el autoritarismo por la participación; el egoísmo por la solidaridad; la violencia por la razón; la venganza por la justicia. Puesto que la reconciliación es así, integral, en ella no existe odios, ni enemigos, ni excluidos de la comunidad; ni venganza. Dicho en otros términos, reconciliar no es aceptar una parte de la concepción totalitaria a cambio de un poco de libertad, sino caminar decididamente hacia la libertad plena.

El Mundo de los Pobladores: una esperanza comunitaria.

Lugar destacado merece, en el Chile de hoy, el decidido compromiso que debe adoptar el Partido con la causa de los pobladores de esta tierra. Son millones de seres humanos, chilenos, condenados por la dictadura a vivir en la más miserable condición de marginalidad, segregación económica, social, cultural y política y odiosa discriminación. Todo sucede al margen de ellos, sin ellos, contra ellos. Estos deben ser hoy nuestros hermanos más privilegiados por nuestra acción política y social. A pesar de las humillaciones de que han sido objetos durante todos estos catorce años de horror, ellos han sido quienes con mayor entusiasmo, perseverancia y desprendimiento han preservado el espíritu de comunidad humana de personas; han vivido el comunitarismo, han creado organizaciones comunitarias, han comenzado a edificar, desde abajo, sin estridencias lo que son los pilares fundamentales de nuestra razón de ser. Su presencia debe manifestarse y verse con nitidez en las estructuras del Partido y de su accionar. Ellos desean ser protagonistas de la historia, y hoy ya no cabe actuar por ellos mediante intermediarios, por muy esclarecidos que éstos sean. Ya no cabe más el despotismo ilustrado. El Partido en general, y muy especialmente sus cuadros profesionales y técnicos, debe comprometer y dirigir su acción hacia el mundo popular; su trabajo es por los pobres, para los pobres y hermanados con los pobres. En el Chile actual son los pobladores los más pobres, a quienes debe devolverse la dignidad y los derechos de que han sido despojados.

Creemos en una política audaz que conmueva a las grandes mayorías nacionales tras ideales de paz justicia y libertad. El pueblo chileno ha sido históricamente generoso cuando se ha unido tras grandes políticas basadas en valores e ideales superiores. Un P.D.C. grande, fuerte, movilizador y unido, que vive intensamente la sociedad participativa y solidaria del futuro es la mejor contribución que podemos hacer al Chile de hoy y de mañana.